

XXIIº Domingo del Tiempo Ordinario (B)

1º septiembre 2024

Hna. Cristina Muñoz

EL SEÑOR ES MI LUZ Y MI SALVACIÓN



Cristo calma la tormenta, Rembrandt, óleo, 1633, Stewart Gardner Museum, Boston

Queridos hermanos:

Todo lo que es bueno y perfecto es un don de lo alto y desciende del Padre de los astros luminosos, en quien no hay cambio ni sombra de declinación. Él ha querido engendrarnos por su Palabra de verdad, para que seamos como las primicias de su creación.

Reciban con docilidad la Palabra sembrada en ustedes, que es capaz de salvarlos. Pongan en práctica la Palabra y no se contenten sólo con oírla, de manera que se engañen a ustedes mismos.

La religiosidad pura y sin mancha delante de Dios, nuestro Padre, consiste en ocuparse de los huérfanos y de las viudas cuando están necesitados, y en no contaminarse con el mundo.

Carta de Santiago 1, 17-18. 21b-22. 27

La Carta de Santiago nos ilumina acerca del don infinito de Dios. Todo lo bueno es don del Señor, de su inmenso amor. Creación, vida, re-creación que nos engendra a la Vida nueva cuando Jesucristo, Palabra encarnada y don perfecto, nos salva con su pasión y resurrección y entrega el Espíritu Santo. Vida que Dios nos da cada día con cada respiración y latido de nuestro corazón..., todo el amor y misericordia que recibimos de él y de nuestros hermanos, familia, amigos,..., la presencia divina que nos acompaña y consuela como hijos,...la eternidad de felicidad que nos espera... Todo, todo es don.

La luz de Dios no es como la luz de los astros, que se eclipsa o desaparece en ciertos momentos. La luz divina es constante. Dios es Luz (1 Jn 1,5) y siempre está, aún en lo que solemos llamar “oscuridad”.

“El Señor es mi luz y mi salvación,
¿a quién temeré?
El Señor es el baluarte de mi vida,
¿ante quién temblaré?” (Sal 27,1)

Tengamos la certeza, en nuestras grandes o pequeñas “oscuridades” cotidianas -penas, dificultades, angustias, desesperanzas, abismos afectivos, neblinas de la fe,...- Dios nos acompaña, pena con nosotros, está.

“Si subo al cielo, allí estás tú;
si me tiendo en el Abismo, estás presente.

Si tomara las alas de la aurora
y fuera a habitar en los confines del mar,
también allí me llevaría tu mano
y me sostendría tu derecha.

Si dijera: «¡Que me cubran las tinieblas
y la luz sea como la noche a mi alrededor!»,
las tinieblas no serían oscuras para ti
y la noche será clara como el día”. (Sal 139 (138),8-12)

Con el don de su Luz y su amor, el Señor nos hace el don de nuestra libertad. El Verbo se encarna y su Palabra se entrega cada instante. Y Dios nos llama a una respuesta, con nuestra libertad. Una respuesta de amor a su Palabra. Escuchar la Palabra no es sólo oírlo. Escuchar la Palabra es vivirla, actualizarla en cada acto de nuestra vida.

Ese vivir de verdad la Palabra, es fuente de “la religiosidad pura y sin mancha delante de Dios” (St 1,27) y origen de una de las Bienaventuranzas del Evangelio “Felices los que tienen el corazón puro, porque verán a Dios” (Mt 5,8). Un corazón puro es el que ama. Ama a Dios y a sus hermanos, en actos y verdad. Con todas las dificultades, caídas, conflictos, propias de nuestra realidad “encarnada”. Pero el Señor siempre está y purifica nuestro corazón, sin cesar, con su Luz. Sólo nos pide el sí de nuestra libertad.

“Envíame tu luz y tu verdad:
que ellas me encaminen
y me guíen a tu santa Montaña,
hasta el lugar donde habitas.

Y llegaré al altar de Dios,
el Dios que es la alegría de mi vida;
y te daré gracias con la cítara,
Señor, Dios mío.

¿Por qué te deprimas, alma mía?
¿Por qué te inquietas?
Espera en Dios, y yo volveré a darle gracias,
a él, que es mi salvador y mi Dios”. (Sal 43 (42),3-5)